

Medio siglo del estudio universitario de la comunicación en México: El riesgo del inmediatismo superficial

*Raúl Fuentes Navarro**

INSTITUTO TECNOLÓGICO DE ESTUDIOS SUPERIORES
DE OCCIDENTE

Resumen: En ocasión del cincuentenario del estudio académico de la comunicación en México, se recuperan algunos rasgos fundamentales de las trayectorias de la institucionalización de este campo académico en el país, en cuanto carrera profesional y en cuanto especialidad científica. La interpretación de sus condiciones de desarrollo se hace confluir con una propuesta de reflexión sobre el riesgo del “inmediatismo superficial” que hipotéticamente caracteriza crecientemente tanto a las prácticas sociales de referencia como a las perspectivas académicas para la enseñanza y la investigación de la comunicación.

Palabras clave: *Ciencias de la comunicación, México, universidad, campo académico, proyecto social.*

Abstract: Commemorating five decades of Communication Scholarship in Mexico, some of its fundamental traits are considered from the perspective of its institutionalization processes, both as a professional training program and as a scientific specialty. The interpretation displayed on the conditions of this field's development is oriented to a reflexive proposal on the risk named "superficial immediatism", an hypothetical explanation for a condition facing both communication social practices and academic perspectives for their study.

Keywords: *Communication studies, Mexico, university, academic field, social project.*

* Raúl Fuentes Navarro, doctor en ciencias sociales. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Socioculturales y coordinador del doctorado en estudios científico-sociales del ITESO. Dirección electrónica: raul@iteso.mx

CINCO DÉCADAS DE INSTITUCIONALIZACIÓN ACADÉMICA

La Universidad Iberoamericana, en la ciudad de México, creó en 1960 la primera licenciatura en ciencias de la comunicación del país y de América Latina. Fundada sobre todo en principios humanísticos y filosóficos por el jesuita José Sánchez Villaseñor, esta carrera se propuso la formación de profesionales capaces de influir sobre la cultura contemporánea mediante la intervención en los entonces novedosos “medios de comunicación”.¹ La diferencia con las pre-existentes escuelas de periodismo estaba claramente marcada, si bien en las décadas posteriores ambos proyectos (el de la formación universitaria de periodistas y el de comunicadores) confluyeron y se confundieron. A la profesionalización de los periodistas le faltaba densidad intelectual, principal razón para su inserción en las universidades (González Casanova, 1965), mientras que la formación de comunicadores tenía entre sus carencias originales la definición de un perfil profesional asociado a un mercado de trabajo.

A diferencia de otros países, donde los estudios de periodismo estuvieron fuertemente asociados a los intereses y acción política de gremios profesionales, en México ni las empresas ni los sindicatos del sector han tenido nunca una intervención determinante y directa en la fundación de escuelas de periodismo o comunicación. En alguna medida por esa característica, el proceso de alcance latinoamericano, impulsado por la UNESCO, la OEA y otros organismos internacionales a través de Ciespal en los años sesenta, para convertir a las escuelas de periodismo en escuelas de comunicación o de “ciencias de la información”² (Esteinou, 1984). Tuvo en México un efecto particular, sobre todo cuando se sumaron a este organismo las Universidades Nacional y Veracruzana a mediados de los años setenta.

¹ Sobre la vida y pensamiento de José Sánchez Villaseñor, su hermano Luis, también sacerdote jesuita, redactó unas *Notas biográficas*, publicadas por el ITESO y la UIA (Sánchez Villaseñor, 1997). Sobre el proyecto fundacional de la carrera en la UIA, algunos de los primeros alumnos han publicado reflexiones muy ilustrativas (Naime, 1990; Prieto, 2008).

² La disputa por la denominación “comunicación” o “información”, además de una constante en el plano conceptual, ha sido también muy intensa en términos políticos y pragmáticos, con diferencias contextuales muy importantes, según el país y la época. En España, en los años setenta, prevaleció el nombre “Ciencias de la Información”; en Francia, “Ciencias de la Información y la Comunicación”; en América Latina, con la significativa excepción mexicana, acabó por imponerse el término “Comunicación Social”, de origen eclesiástico. Pero el original “Ciencias de la Comunicación” debió ser sustituido en la Universidad Iberoamericana por “Ciencias y Técnicas de la Información” debido a la objeción de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, pues la carrera no concernía ni a las telecomunicaciones ni a las carreteras.

Pero como lo atestigua la constitución del Coneicc en 1976, hasta esa época la formación universitaria de comunicadores en México fue un proyecto desarrollado por instituciones privadas, como el ITESO, la Universidad Anáhuac o la Universidad de Monterrey, que establecieron versiones humanísticas de la carrera más o menos cercanas a la de la Iberoamericana. La creación de la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974, con una licenciatura en ciencias de la comunicación en su Unidad Xochimilco, fue determinante para el establecimiento de la carrera en las universidades públicas. En esa coyuntura, cuando el discurso del Estado mexicano comenzó a reconocer la importancia de los “medios masivos” y se crearon centros de investigación en diversas dependencias federales, se puede situar la emergencia de un tercer modelo para la formación universitaria en comunicación, diferente de los precedentes, centrados en la profesionalización de periodistas y en la formación de intelectuales que (re)orientaran la acción de los medios. Por primera vez, la carrera de comunicación se concibió como una especialidad de las ciencias sociales, con la formación en investigación (“crítica”) como núcleo central (Solís y De la Peza, 1988). El término “comunicólogo” comenzó a emplearse en este contexto, para distinguir a sus practicantes de los comunicadores y de los periodistas.

La hipótesis de los tres “modelos” o proyectos fundacionales para la formación universitaria en comunicación,³ ha servido para analizar las diversas maneras en que se ha buscado articular en el currículum los saberes recortados históricamente como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales. Pero también ha permitido reconocer cómo cada uno de estos modelos ha configurado de distintas maneras el núcleo operante de la “comunicación” como disciplina académica, sin que ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse, ni profesional ni universitariamente. De hecho, los análisis realizados a lo largo de dos décadas apuntan a que los planes de estudio responden más a una yuxtaposición cada vez más confusa de elementos de los tres modelos, con énfasis diversos según las instituciones, pero sin una articulación claramente definida ni cognoscitiva ni socioprofesionally (Fuentes, 2005). Esa, que sería la manifestación central de la “desarticulación múltiple” que caracteriza al campo académico de la comunicación, además de referirse a la formación de profesionales, tiene también que ver con la investigación en la medida en que su práctica ha estado subordinada a la docencia.⁴

³ La primera formulación de la hipótesis de los tres “modelos fundacionales” del estudio de la comunicación, fue publicada en Fuentes (1990). A partir de entonces, se ha incorporado y refinado en múltiples publicaciones.

⁴ Tres consecuencias de esa “desarticulación múltiple” son, “primera, que la investigación ha recorrido ciertos trayectos que casi nunca se han intersectado con los caminados por

Dos implicaciones importantes de esta hipótesis tienen que ver, por una parte, con la dificultad de identificar, en las últimas tres décadas, alguna otra propuesta fuerte de formación universitaria de profesionales de la comunicación, sino múltiples y diversos intentos de conjugar los mismos elementos, aunque cambien algunos nombres de “autores de cabecera” en los planes de estudio, en medio de un crecimiento exponencial de la oferta de programas de licenciatura.⁵ Por otra parte, la pérdida de los ingredientes “utópicos” que caracterizaron a la carrera de comunicación en sus primeros veinticinco años, factor de alta relevancia en el desarrollo de la investigación, y la transformación de los propios objetos de estudio (Fuentes, 1999).

Más allá del riesgo de reduccionismo que impone el recurso a la formulación de tipos ideales o modelos heurísticos, puede identificarse en términos generales de dónde provienen y hacia dónde apuntan los proyectos de formación en comunicación: Unos hacia las disciplinas profesionales, hacia la transformación práctica de los oficios; otros, hacia las humanidades y la conformación crítica y creativa de cosmovisiones intelectuales integradas; otros más, hacia las ciencias sociales y su afán de comprensión de las realidades históricas para intervenir sobre ellas y modificarlas. Los tres modelos tienen en común, desde esta perspectiva, un impulso fuerte de transformación de la sociedad por medio de la comu-

la docencia, y por ende, tanto el conocimiento producido como el proceso de su producción difícilmente se han integrado en la formación de los comunicadores universitarios. Segunda, que el conocimiento-teórico y especialmente el metodológico-desarrollado dentro y fuera de América Latina, no ha sido suficientemente confrontado en la práctica social por los profesionales de la comunicación, ni las profesiones han sido capaces de confrontarse con el conocimiento académico, sobre todo con el más estrictamente crítico. Ambas relaciones deberían cruzar el espacio de las escuelas de comunicación y no parecen hacerlo. En su lugar, si acaso, circulan las descalificaciones mutuas y las pugnas ideológicas, reforzando la escisión ‘teoría-práctica’. Tercera, que la búsqueda de legitimación académica de la comunicación como disciplina autónoma, aislándola institucional y operacionalmente de las ciencias sociales (y de las naturales, y de las artes y de todo lo demás), ha llevado al efecto contrario: a la pérdida del impulso en la consolidación de su especificidad disciplinaria y al reforzamiento de la tendencia a reducir el estudio universitario de la comunicación a la reproducción de ciertos oficios profesionales relativamente establecidos” (Fuentes, 1995: 66).

⁵ En 1985 preocupaba la “proliferación” de programas de comunicación en México (aunque también en muchos otros países), pues se contaban alrededor de 50 instituciones públicas y privadas donde se impartían estos estudios. En 2006-2007, según el catálogo de la ANUIES, había 454 licenciaturas en el área de ciencias de la comunicación (<http://www.anui.es.mx>). Pero en 2009, según un levantamiento realizado por el Coneicc, el número supera el millar de programas (Felafacs, 2009).

nicación, una propuesta de cambio basada en el pensamiento crítico y el rechazo de las prácticas predominantes en los medios y en otras instituciones sociales. Se puede llamar “utópicos” a esos ingredientes centrales de inconformismo y creatividad porque surgen del reconocimiento de que aunque esas prácticas comunicativas “alternativas” no tienen lugar, o lo tienen sólo marginalmente en la sociedad, los profesionales universitarios de la comunicación se responsabilizarían de extenderlas, implantarlas o mediarlas, es decir, de hacerlas no sólo posibles sino necesarias.

Pero es evidente que, por múltiples razones, la utopía universitaria de la comunicación se desprestigió y su impulso de cambio se diluyó. Si cada uno de los modelos fundacionales propuso y comenzó a concretar un proyecto universitario con identidad y sentido propios, los tres con profundos y extensos ingredientes utópicos, su evolución y yuxtaposición tendió a diluir, desde los años ochenta, la viabilidad y vigencia de la licenciatura en comunicación como proyecto académico innovador, para derivar más bien en un lugar común, en una inercia, sujeta cada vez más, exclusivamente, a las “leyes del mercado” de la educación superior: demanda y oferta de un título, más que de un proyecto, de un estereotipo ambiguo, más que de una opción vital, para miles y miles de estudiantes, y a la concurrencia de la mayor parte de las instituciones de educación superior a este boyante mercado, dominado por una demanda bastante nutrida y acrítica, sin atender la elaboración de un proyecto académico apropiado, lo que por otra parte ha sucedido también con muchas otras carreras profesionales en el país.

Otra perspectiva de análisis, que puede ser complementaria, tiene que ver con los cambios socioculturales de los entornos, tanto los académicos y universitarios como los de más amplia escala. La “crisis” de los años ochenta, que incluyó el terremoto de septiembre de 1985 y muchas otras tragedias y situaciones de cambio en el entorno nacional, acabó con las condiciones en las que habían nacido y se habían desarrollado los proyectos académicos originales del estudio universitario de la comunicación. Comenzaron a pesar determinadamente otros factores: El de los números desatados de estudiantes y escuelas, al mismo tiempo que se estancaba la inversión pública en la educación superior y la demanda se empezaba a canalizar a instituciones comerciales; el de la rearticulación política de las empresas mediáticas; el de la aceleración y convergencia de “nuevas tecnologías”; el de la incertidumbre sobre el futuro y la integración del país a un nuevo orden mundial, en el que las oposiciones fundamentales entre Este y Oeste cambiaron por oposiciones más silenciosas y opresivas: entre Norte y Sur, entre ricos y pobres.

En los ámbitos académicos dedicados al estudio de la comunicación, el escenario cambió radicalmente, debido a éstos y otros factores. Desde la perspectiva de este análisis, puede enfatizarse que, en las últimas dos décadas y media, cambiaron prácticamente todos los referentes sociales, culturales, laborales, tecnológicos, políticos, económicos, estéticos y éticos pertinentes al estudio de la comunicación. Y sobre todo, si es que alguna vez pudieron considerarse estables, desde entonces estos referentes se volvieron aceleradamente móviles, y con evidentes articulaciones entre ellos, de manera que unos cambios de condiciones generan otros muchos, en otras dimensiones. El estudio de la comunicación se volvió, al mismo tiempo, mucho más importante que antes, y mucho más difícil de sustentar, en México y en muchos otros lugares del mundo (Fuentes, 2008a: 172-173). En este contexto pueden situarse las condiciones de desarrollo de otras dos estructuras académicas para el estudio de la comunicación: Los programas de posgrado y los núcleos de investigación, cuyo estado actual puede considerarse como de “estancamiento concentrado” (Fuentes, 2009).⁶

TRES DÉCADAS DE ESTRUCTURACIÓN CIENTÍFICA

El proceso de constitución del campo de la investigación académica de la comunicación en México comenzó a mediados de los años setenta,⁷ cuando se insertó en algunas escuelas la actividad de investigación para impulsar el proyecto utópico sobre el que se fundó la carrera y que identificaba a la comunicación como un factor importante para la transformación social, y se abrieron los primeros programas de maestría, todo esto en la zona metropolitana de la Ciudad de México. Si bien los esfuerzos originales se orientaron por modelos de la investigación empírica estadounidense, la mayor parte de la producción se enmarcó más bien en la tradición “crítica” latinoamericana y europea. No obstante, desde mediados de los años ochenta, la investigación y los posgrados dieron indicios de la prevalencia de otros patrones de desarrollo, sobre los cuales el campo académico alcanzó algún grado de consolidación, relativamente independiente del crecimiento de las licenciaturas.

⁶ Pues la producción académica ha dejado de crecer en la última década y, a pesar de la proliferación de instituciones participantes en todo el país, más de dos terceras partes de esa producción se siguen originando en seis universidades, las mismas que veinte años atrás.

⁷ Aclarando que se trata de la investigación académica (universitaria), pues hay antecedentes de actividades de investigación (no universitaria) en México al menos desde los años cuarenta, como ha documentado, entre otros, José Luis Ortiz Garza (2008).

Esta reestructuración se ha explicado (Fuentes, 1998) por la incorporación de un tipo de investigadores que, formados inicialmente en el horizonte utópico de la carrera de comunicación en los años setenta, buscaron reintegrar el rigor científico y el anclaje empírico con el sentido crítico y el compromiso social en proyectos de investigación institucional e intelectualmente independientes de la docencia en licenciatura, y por tanto no comprometidas con la “disciplina de la comunicación” como se había venido entendiendo,⁸ sino con abordajes diversos pero más amplios, dentro de las ciencias sociales y de la cultura. Sobre estas bases, durante la segunda mitad de los ochenta se crearon nuevos centros de investigación en algunas universidades, especialmente las de Colima, Guadalajara y la Iberoamericana, donde encontraron apoyo investigadores formados en doctorados en ciencias sociales del país o el extranjero, con perfiles reconocibles por las instancias oficiales de impulso a la investigación científica (como el Sistema Nacional de Investigadores, creado en 1984), y con vocación para una nueva vinculación docente, orientada más hacia el posgrado que hacia las licenciaturas.

El cambio en las políticas oficiales para la educación superior y la investigación científica, algunos impulsos de descentralización, y la incorporación de nuevas perspectivas para el estudio de la comunicación, con un énfasis notable sobre el desarrollo metodológico y teórico crítico y el sustento empírico de las formulaciones en marcos de ciencia social, coincidieron así en los últimos años del siglo XX como factores de consolidación del campo académico, que pareció haber estabilizado temporalmente la lucha por las “posiciones” de liderazgo en un modelo de colaboración e intercambio interinstitucional y entre un grupo reducido de individuos, de búsqueda de la legitimación colectiva ante diversos sectores de la investigación en ciencias sociales, para remontar el ámbito más inmediato de la “triple marginalidad” que había caracterizado a la investigación de la comunicación,⁹ aunque también de un incremento en la desarticulación con la formación de profesionistas (Fuentes y Sánchez, 1992; Fuentes, 1995).

⁸ Durante prácticamente toda su historia, los estudios de comunicación se han debatido, en todas partes del mundo, entre su origen y fundamentos multidisciplinarios y la necesidad de una identidad institucional que los haga reconocibles como una disciplina (Craig, 2008). Sin abordar por ahora esa polémica, es necesario subrayar que la tendencia hacia la “disciplinarización” en el sentido institucional ha sido la predominante en el nivel de las licenciaturas, y la tendencia hacia la “inter-o post-disciplinarización” la que ha prevalecido en la investigación y los programas de posgrado (Fuentes, 2005: 35-38), como una manifestación más de la “desarticulación múltiple”.

⁹ Se hace referencia aquí al debate autorreflexivo sobre el futuro del campo académico de la comunicación en México, específicamente desde su estructuración institucional,

Pero al mismo tiempo, esta “estabilización” de la lucha por las posiciones en el campo tuvo que ver también con el deterioro de las condiciones institucionales y la pugna al interior de los establecimientos universitarios, por los espacios y recursos requeridos para el desarrollo académico. En este sentido, la investigación y la formación en posgrado han debido sostener una lucha contra la “burocratización”, la “racionalización” y la priorización de una docencia instrumentalista en la mayor parte de las universidades. La consolidación académica del campo de la comunicación ha estado condicionada, de esta manera, por la propia “modernización” neo-liberal y los reajustes presupuestales de las universidades ante las “nuevas” crisis económicas del país.

El estudio de Fuentes (1998) sobre la constitución del campo de la investigación académica de la comunicación en México, concluía con el planteamiento de una “doble disyuntiva” de reestructuración a mediados de los años noventa. La primera disyuntiva se basaba en el creciente alejamiento de la investigación con respecto al “sub-campo educativo” de los programas de licenciatura en el que tuvo sus orígenes, “y que probablemente (en su escala más general) no tenga ya a una ‘reestructuración’ como alternativa a la ‘inercia conformista’ (socioculturalmente determinada) en que parece estar atrapado” (Fuentes, 1998: 347).

Esa es la primera disyuntiva que se presenta en los años noventa para el campo: *cambiar o desaparecer* como campo académico productivo. La segunda disyuntiva supone el cambio y el enfrentamiento de las nuevas condiciones anotadas [las tendencias hacia la *fragmentación* o hacia la *síntesis*], mediante la *profesionalización avanzada*, para buscar la legitimación a través de la *extensión de la imaginación* utópica o a través de la *recuperación* del pragmatismo, “apuestas” por el futuro que se plantean [los sujetos] como mutuamente excluyentes... (Fuentes, 1998: 348).

En el contexto de ese análisis, terminado a fines de 1995, alcanzaban a definirse las opciones que parecían más claras para los propios investigadores, pero aún no se podían prever las condiciones que,

en los términos de una fórmula acuñada veinte años atrás por Fuentes y Sánchez (1989), que ha sido extensamente retomada y citada por otros investigadores. Se trata de la caracterización de esta actividad como sujeta a una “triple marginalidad”. Decíamos entonces, y hay que sostener todavía hoy, que “la investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales, éstas dentro de la investigación científica en general, y ésta última a su vez entre las prioridades del desarrollo nacional” (Fuentes y Sánchez, 1989: 12).

simbólicamente a partir del año 2000, habrían de modificar algunas tendencias:

La disyuntiva entre la *extensión de la imaginación utópica y la recuperación del pragmatismo* formula una “tensión” que comienza a experimentarse (y a explicitarse) entre algunos de los investigadores académicos mexicanos de la comunicación, como una urgencia estratégica, del nivel de la “supervivencia” profesional (Fuentes, 1998: 358).

En la década más reciente, sin duda, han mantenido su vigencia las principales condiciones estructurales que se postularon como determinantes del desarrollo de la investigación académica de la comunicación entre las décadas de los setenta y de los noventa,¹⁰ aunque algunas de ellas se han agravado. Conservando a la agencia estructuradora de los sujetos (investigadores de la comunicación) como clave hipotética de un “proyecto institucionalizador relativamente compartido” articulado mediante la internalización de esas condiciones y la externalización de sus prácticas (Fuentes, 1998: 50), la “segunda disyuntiva” postulada a mediados de los años noventa, entre “la extensión de la imaginación utópica y la recuperación del pragmatismo”, requiere de nuevos procesos de contextualización para poder ser sostenida más de una década después, pues “linealmente”, habría tantas evidencias sobre la prevalencia de uno de los “polos” como sobre la del otro. Quizá no se trate ya de una “disyuntiva” (“situación de alguien cuando tiene forzosamente que elegir entre dos soluciones, ambas malas”), sino de un “dilema” (“razonamiento formado por una premisa con dos términos contrapuestos que, supuestos alternativamente verdaderos, conducen a la misma conclusión”), según los significados literales de ambos términos (Moliner, 1992).

¹⁰ El estudio referido elaboró tres dimensiones como contextos relevantes de la estructuración del campo: la cognoscitiva, la sociocultural y la institucional. En la primera se incluyeron “factores y procesos de cambio que han afectado la producción, reproducción y circulación del conocimiento sobre la comunicación y las estructuras y fenómenos socioculturales en términos más amplios, así como el sentido de las actividades y sistemas académicos, científicos, universitarios, tanto desde el ‘exterior’ como al ‘interior’ del campo académico de la comunicación”. En la dimensión sociocultural se consideraron a su vez “factores y procesos de cambio ocurridos en esas actividades y sistemas en relación con las estructuras (nacionales e internacionales) culturales, políticas y económicas, sujetas a transformaciones de amplio alcance en los años recientes”. Finalmente, “la dimensión institucional refiere concreta y específicamente a los cambios en que confluyen los factores ‘cognoscitivos’ y los ‘socioculturales’ tanto al interior del sistema nacional de educación superior como en las relaciones universidad-sociedad” (Fuentes, 1998: 48).

Habría que considerar, en las dimensiones cognoscitiva y sociocultural, entre otros factores, la creciente relevancia que en todo el mundo se ha concedido al objeto genérico “comunicación”, asociado a grandes transformaciones económicas, políticas, tecnológicas, legales y culturales, a la “globalización” y al desarrollo de las redes telemáticas como internet, así como a la concentración mundial de las industrias mediáticas y los procesos de convergencia hipermediática, que han multiplicado muy rápidamente las “demandas” sociales hacia los “expertos”, que han visto ampliamente rebasado su margen de respuesta. En México, concomitantemente, los procesos políticos asociados con el “cambio de régimen” o la alternancia partidaria en la presidencia de la república a partir del año 2000, han generado cambios discursivos y estructurales en todos los órdenes, incluyendo la comunicación, difíciles de evaluar, pero poco consistentes en todo caso con la imagen “democratizadora” que se podía tener de ellos antes del año 2000 (De León, 2009). Podría sostenerse incluso que la creciente atención a los sistemas y procesos “de comunicación” en los debates públicos y de interés general, ha implicado un simultáneo desdibujamiento conceptual e ideológico en los marcos desde los cuales los agentes sociales especializados en la operación, y en la investigación científica, de la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva intervienen en ella.¹¹ La “instrumentalización” reduccionista de la comunicación ha permeado también, sin duda y sin que debiera causar sorpresa, a las universidades.

En la dimensión institucional, contexto de las estrategias para enfrentar los cambios en los entornos sociocultural y cognoscitivo, pueden también percibirse tensiones recientes, además de la doble disyuntiva o “dilema”: la investigación académica de la comunicación se ha fortalecido en la última década, y ha dado muestras de renovación generacional, casi imperceptibles hasta mediados de los noventa. Pero en relación con el expansivo crecimiento de la oferta de programas de licenciatura en comunicación, impulsado sobre todo por instituciones de dudosa solidez académica, se ha mantenido en un estado precario de desarrollo, equivalente en varios de sus indicadores al de la década anterior, como el correspondiente a los programas de posgrado acreditados, e incluso inferior, como el número de centros de investigación activos o de revistas académicas. Han aumentado tanto la fragmentación temática y metodológica de la investigación (Vega, coord., 2009), como algunas propuestas divergentes para la reestructuración del campo (Rizo, 2008), además de

¹¹ Escenario en el que los debates asociados a la llamada *Ley Televisa* (Esteinou y Alva de la Selva, coords. 2009), podrían reinterpretarse.

algunos esfuerzos institucionales por “refundar” sobre bases renovadas la carrera de comunicación.¹² Como se afirmaba arriba, hay múltiples indicios de que tanto la extensión de la imaginación utópica como la recuperación del pragmatismo mantienen su vigencia, aunque quizá predominen los de la segunda.

Una síntesis actual podría reconocer que generar conocimiento socialmente útil y pertinente es una tarea que acepta múltiples interpretaciones y prácticas: algunas privilegian el conocimiento de aplicabilidad inmediata; otras la profundización del análisis en marcos socio-históricos de escala mayor. En el campo académico mexicano esta tensión, que no se puede resolver sólo discursiva o autoritariamente, puede ser una clave central de debate y de acuerdo colectivo, intra y extra-académicos, para evaluar y reorientar las acciones de un grupo profesional que, como la mayor parte de los científicos en México, no está satisfecho con la estructura institucional en la que trabaja ni con los resultados hasta ahora obtenidos (Paláu, 2009). Pero la mayor parte de los indicadores de la producción académica no parecen apuntar hacia una convergencia como esa: Más bien refuerzan la idea de la persistencia de la “triple marginalidad”.

EL RIESGO DEL INMEDIATISMO SUPERFICIAL

El “mapa” de la enseñanza de la comunicación (y el periodismo) en América Latina (y el Caribe) elaborado y publicado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs) con apoyo de la UNESCO a finales de 2009, es una muestra elocuente de algunas características que diferencian a la primera década del siglo XXI de épocas anteriores (décadas de los ochenta y noventa, sobre todo), en cuanto a las condiciones de la institucionalización y las orientaciones predominantes de este campo en la región, pero también en referencia a la considerable reducción en la capacidad analítica y reflexiva al respecto, en comparación con estudios anteriores.¹³ La “calidad de la enseñanza” se califica como

¹² Esfuerzos institucionales entre los que pueden señalarse como ejemplos los de la Universidad de Guadalajara, la UAM Cuajimalpa y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

¹³ Es especialmente lamentable el nivel de la información y el análisis del capítulo dedicado a Brasil, pero hay una notable divergencia en los enfoques y la capacidad de contextualización entre las diversas escalas regionales (donde se formaron equipos de investigación para cada una) y el plano general del “mapa”. Quizá el problema básico sea la falta de colaboración de las propias universidades, pues “los porcentajes de

“heterogénea”, como lo es también la “oferta laboral para egresados de comunicación y periodismo”, lo cual pudiera indicar (si así se orientara el análisis, al menos de la escasa información disponible), rasgos de fragmentación, también con respecto a estos rubros. Pero el nivel analítico del informe queda probablemente más claramente representado en el párrafo que resume los “obstáculos de las instituciones de enseñanza”:

Los obstáculos que enfrentan las instituciones de enseñanza de comunicación y periodismo son diversos, responden directamente [a] las condiciones socio-económicas de cada región, a las culturas propias de sus instituciones y al nivel de formalización de los sistemas de acreditación o a su inexistencia. A su vez, la emergencia de las NTIC incorpora nuevos retos en varios niveles: primero, el acceso de los centros de formación a equipos y tecnología de punta, muchas veces onerosos para las instituciones; segundo, la actualización permanente de los docentes en el manejo de hardware y software, como complemento didáctico y como materia de formación académica (Felafacs, 2009: 17).

Hay un problema fundamental, difícil de superar, cuando el estudio (que no es sino un “mapa”), concibe en términos tan limitados como lo hace, las tres “consideraciones” que menciona en el “balance” como claves para “leer los datos obtenidos”, aun reconociendo que “es de suma importancia analizar la situación de la enseñanza del periodismo y la comunicación en el contexto de las sociedades latinoamericanas contemporáneas” (Felafacs, 2009: 21). La primera consideración es “el estatuto epistemológico de la comunicación, los sistemas organizativos universitarios y el mercado laboral”, que menciona el problema de la disciplinarización, pero directa y únicamente relacionado con el hecho de que los “egresados deberán competir —muchas veces en desventaja— con profesionales de carreras afines más valoradas socialmente”, situación que difícilmente puede analizarse como un problema epistemológico. La segunda consideración es “la sociedad de la información y la brecha digital”, relacionada única y directamente con las adecuaciones de las instituciones de enseñanza, como si esta esfera tuviera sólo implicaciones didácticas. Y la tercera consideración alude a “la globalización y los vínculos universidad-empresa”, reduciendo el tema a la “especialización” profesional para su ajuste a las demandas del mercado de trabajo (Felafacs,

respuesta a la encuesta utilizada en este trabajo de investigación fue bastante variable, con cifras que oscilan [sic] entre el 7% de centros de enseñanza muestreados en la región México, al 30% en la región Cono Sur” (Felafacs, 2009: 11).

2009: 21-23). Una “propuesta” que se desprende de estas “consideraciones”, contempla cuatro orientaciones para la formación de los estudiantes de pregrado: La técnica, la académica, la artística y la profesional. El razonamiento que la resume es tan deplorable como sus fundamentos:

La tendencia mayoritaria parece concentrarse en las áreas profesionales y técnicas; es decir, aquellas que forman comunicadores competentes en el manejo de tecnologías y saberes aplicativos. La perspectiva académica ha ido perdiendo preeminencia desde los años noventa, debido a las exigencias del mercado y a la fascinación de éste por el dominio de técnicas y herramientas en desmedro de una perspectiva crítica. Sin embargo, la formación artística (en los campos del diseño y de la producción audiovisual), si bien minoritarias [sic], ha tenido presencia social y reconocimiento público, incluso a nivel internacional (Felafacs, 2009: 23).

En el horizonte de la “heterogeneidad” latinoamericana, el capítulo dedicado a México en el informe, titulado significativamente “fragmentación de la oferta educativa”, explicita con claridad el procedimiento seguido para recabar la información, así como sus objetivos:

analizar las tendencias actuales de la formación en comunicación, los mecanismos que se han desarrollado para incrementar su calidad y controlar su desordenada expansión; y aportar reflexiones y recomendaciones encaminadas a la elaboración de políticas públicas que velen por su mejor desarrollo más acorde a las necesidades de los futuros licenciados (Rebeil, 2009: 69).

Los resultados de la etapa cuantitativa del estudio son absolutamente alarmantes, independientemente de la sintaxis con que se resumen: “el panorama mexicano de universo de instituciones educativas que enseñan o que tiene[n] programa de comunicación en la República Mexicana suma 1 006; sustancialmente más del doble de programas que se tienen registrados en la ANUIES para el año lectivo 2006-2007” (Rebeil, 2009: 70). La mayor parte del informe, sin embargo, está orientado por un análisis detallado (aunque muy desigual) de los factores que se consideran fundamentales, entre los que se destacan los laborales y los de la acreditación de los programas, con marcados sesgos e insuficientes análisis académicos y sociales: “La proliferación desmedida y sin control de las escuelas de comunicación marca una oferta de bajos estándares y que produce, en cantidad y en calidad, egresados que no pueden ser absorbidos por el mercado laboral” (Rebeil, 2009: 82).

Gran parte de las afirmaciones contenidas en el informe tendrían que ser discutidas, especialmente por los supuestos (demográficos, por ejemplo) en los que se basan, y por sus implicaciones eventuales para “la elaboración de políticas públicas”. No obstante, uno de los sesgos más preocupantes, probablemente proveniente del diseño latinoamericano del estudio, permea todo el capítulo mexicano: La búsqueda, como recurso prácticamente único, de mecanismos de control (internos a las universidades, pero sobre todo externos) a las instituciones, como los procesos de acreditación,¹⁴ tema que ha concentrado la atención del Coneicc durante la última década, y que más que un enfoque académico, es un recurso administrativo.

En función de la grave y endémica carencia de diagnósticos sistemáticos sobre las articulaciones entre la oferta académica y el desarrollo socioprofesional de la “comunicación”, y de las crecientes dificultades teóricas y prácticas para generar un marco analítico mucho más pertinente y compartido, puede concluirse esta rápida revisión del estado del campo académico de la comunicación en el inicio de la sexta década de su historia institucional en México con una hipótesis, resumida en la frase incluida en el título y propuesta nuevamente a discusión (Fuentes, 2008b): “el riesgo del inmediatismo superficial”. Tal hipótesis está relacionada con la incapacidad, cada vez más extendida en nuestro entorno, para hacer referencia a un horizonte temporal relativamente alejado del presente inmediato, sea hacia el futuro o hacia el pasado, incapacidad que no es fácilmente separable de la capacidad reflexiva misma. Quizá esta sea la victoria más contundente, —la venganza, podría decirse— del objeto de estudio de las “ciencias de la comunicación”, la comunicación contemporánea, sobre la constitución de los sujetos especializados en su comprensión, mediante la formación universitaria.

Si el estudio universitario de la comunicación se entiende como “la producción social de sentido sobre la producción social de sentido” (Fuentes, 2004), y se historiza el análisis de su desarrollo, puede reconocerse que las mediaciones históricas, tecnológicas, sociopolíticas, culturales, económicas... que determinan a los “medios” y sus audiencias, que adelgazan la densidad del mundo de la vida y aceleran el ritmo de las transformaciones superficiales para ocultar la permanencia de las estructuras fundamentales (en las esferas públicas y privadas), que demandan una atención total a un presente efímero y hacen de la “conciencia histórica” cada vez más una hazaña o una impertinencia, al

¹⁴ Planteamiento que el propio estudio demuestra que ha sido inviable e ineficaz: De los 1 006 programas identificados, sólo 68 han sido acreditados, 6.75% de los existentes (Rebeil, 2009: 78).

mismo tiempo que nos privan del impulso utópico hacia “adelante”, nos limitan el reconocimiento de lo que queda “atrás”.

Así, los discursos y las prácticas que expresaron y pusieron en marcha los procesos de fundación de la carrera de comunicación, y su desarrollo institucional y social a lo largo de varias décadas y en múltiples localidades, pueden revisarse para descubrir cómo se han procesado y cuáles son los saldos de las incontables ocasiones en las que se han reciclado los mismos elementos en relaciones, a veces nuevas, a veces repetidas, con las múltiples “novedades” que continuamente se exige incorporar en los proyectos académicos y sociales del estudio de la comunicación. Pero estas revisiones escasean. La condición inmediatesta y superficial predomina: muchas veces, el tiempo parece no haber pasado, pues las preguntas centrales, y lo que es peor, las respuestas esenciales, aparentemente son las mismas.

El “riesgo” fundamental tiene su origen en que la reducción de la comunicación a sus manifestaciones instrumentales, en la práctica, contribuye más al predominio de mediaciones sociales autoritarias que democráticas, y que se enraizan como cultura. Asumir estas reducciones de la comunicación desde la academia, también por supuesto sujeta a fuertes impulsos instrumentalizadores, es un desafío que tendría que ser más serio y prioritariamente analizado y debatido en los ambientes universitarios. Las “fuerzas del mercado”, el “pensamiento único” y la ética asociada a su vigencia, no son exclusivas de algún sector dominante en lo económico, sino que permean también al Estado y a la sociedad civil, a la política y a la cultura, a la ciencia y a la educación. Aunque este riesgo no es nuevo, tendría que atenderse más críticamente como un constitutivo central de la comunicación y de su estudio.

FUENTES REFERENCIALES

- Chávez, G. & T. Karam (Coords.) (2008), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México.
- Craig, R. T. (2008). Communication as a field and discipline, in Donsbach (ed.), *The international encyclopedia of communication*. New York: Blackwell, vol. II, p.675-688.
- De León Vázquez, S. (2009). *Cambios en la configuración de la comunicación pública en México: El caso del periodismo político en Aguascalientes*. Tesis de doctorado en estudios científico-sociales. Guadalajara: ITESO.

- Esteinou Madrid, J. (1984). CIESPAL y la ciencia de la comunicación. *Chasqui, revista latinoamericana de comunicación*. núm. 11, Quito: CIESPAL, p.20-27.
- Esteinou Madrid, J. & A. R. Alva de la Selva (Coords.) (2009). *La "Ley Televisa" y la lucha por el poder en México*. México: UAM Xochimilco.
- Felafacs (2009): *Mapa de los centros y programas de formación de comunicadores y periodistas en América Latina y el Caribe. Informe Final*. Lima: Felafacs/UNESCO.
- Fuentes Navarro, R. (1990). *La investigación latinoamericana sobre medios masivos e industrias culturales y la comunicación*. Bogotá: Felafacs: Cuadernos de Diálogos núm. 9.
- ____ (1995). La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones, en Galindo y Luna (Coords.). *Campo académico de la comunicación. Hacia una reconstrucción reflexiva*. Guadalajara: ITESO/ Conaculta, p.45-78.
- ____ (1998). *La emergencia de un campo académico: Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/ Universidad de Guadalajara.
- ____ (1999). Enseñanza e investigación de la comunicación. Retrospectiva y prospectiva. *Lúmina* núm. 2, Colima: Universidad de Colima, p.90-97.
- ____ (2004). La producción social de sentido sobre la producción social de sentido. Una propuesta de reconocimiento para el campo de estudios de la comunicación, en *Producción, circulación y reproducción académicas en el campo de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO, p.11-46.
- ____ (2005). La configuración de la oferta nacional de estudios superiores en comunicación. Reflexiones analíticas y contextuales. *Anuario Coneicc de investigación de la comunicación* núm. XII. México: Coneicc, p.15-40.
- ____ (2008a). *La comunicación desde una perspectiva sociocultural. Acercamientos y provocaciones 1997-2007*. Guadalajara: ITESO.
- ____ (2008b). Nueve tópicos para reflexionar en plural sobre la carrera del futuro, en *Códigos* núm. 1 (tercera época). Cholula: Universidad de Las Américas-Puebla. p.25-34.
- ____ (2009). *Comunicación, cultura y sociedad: hacia un modelo de práctica post-disciplinaria de investigación social*, ponencia en el II Congreso Nacional de Ciencias Sociales, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comecso), Oaxaca.
- Fuentes Navarro, R. y E. E. Sánchez Ruiz (1989). *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO (Cuadernos Huella núm. 17).

- _____ (1992). Investigación sobre comunicación en México: Los retos de la institucionalización, *Cuadernos de comunicación y prácticas sociales* No 3, México: Proicom-UIA, p.11-38.
- González Casanova, H. (1965). El futuro de los medios de información relacionado con la formación universitaria de los periodistas. *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* vol. 11 No. 39. México: UNAM FCPyS, p.41-50.
- Moliner, M. (1992). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Naime Padua, A. (1990). *De la carta Villaseñor a JESCOM-UCAL: 30 años de comunicación y compromiso*. Puebla: Universidad Iberoamericana Golfo Centro (Documentos de Trabajo núm. 3).
- Ortiz Garza, J. L. (2008). *Los comienzos de la investigación científica de la comunicación de masas y de la opinión pública en México, 1941-1945*, ponencia en el Encuentro Nacional de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC, Monterrey, NL.
- Paláu Cardona, M. M. S. (2009). *Discursos y prácticas en el proceso de estructuración del campo académico de la comunicación en México: los investigadores de la dimensión política de los medios*. Tesis de doctorado en estudios científico-sociales. Guadalajara: ITESO.
- Prieto, F. (2008). 48 años de las escuelas de Comunicación en el mundo, *Códigos* No. 1 (tercera época). Cholula: Universidad de Las Américas-Puebla, pp. 9-15.
- Rebeil Corella, M. A. (2009). México: Fragmentación de la oferta educativa. En Felafacs, *Mapa de los centros y programas de formación de comunicadores y periodistas en América Latina y el Caribe. Informe Final*. Lima: Felafacs/UNESCO, p. 69-87.
- Rizo García, M. (2008). Construcción teórica, pensamiento comunicológico y campo académico. Reflexiones desde la propuesta de la Comunicología posible, en Chávez y Karam (Coords.), *El campo académico de la comunicación. Una mirada reflexiva y práctica*. México: Praxis, U. de Colima, U.A. de Baja California, U.A. de la Ciudad de México, p.109-139.
- Sánchez Villaseñor SJ, L. (1997). *José Sánchez Villaseñor, S.J. 1911-1961. Notas biográficas*. Guadalajara: ITESO/Universidad Iberoamericana.
- Solís Leree, B. & C. De la Peza (1988). Modelo para armar: La carrera de Ciencias de la Comunicación de la UAM-X. Evaluación de una experiencia. *Diálogos de la Comunicación* núm. 19. Lima: Felafacs, p.14-23.
- Vega Montiel, A. (Coord.) (2009): *La comunicación en México. Una agenda de investigación*. México: CIICH UNAM.